

PACA

Miguel Ángel Vázquez*

La teniente coronel Munoa le recibió en el mismo portalón de entrada del cuartel de la División Acorazada Brunete, en El Goloso. Era una mujer baja y fibrosa, con una cara algo más ancha que larga, exactamente simétrica. El siquiatra militar Carlos Restrepo, al verla, se dijo: una bonita mujer dentro de un uniforme horrible. Un rostro de ésos que te gustaría ver sonreír. Aunque de esto se quedó con las ganas. El rostro de la teniente coronel Munoa, ocurriese lo que ocurriese, era, por encima de todo, inmovible.

—Capitán, buenas tardes — fue su saludo.

—Buenas tardes, ejem... me temo que no tengo ni idea de si un capitán debe saludar a un teniente coronel o al revés.

No se movió ni un solo músculo en el rostro de la teniente coronel. Si aquella confesión le pareció ridícula, ofensiva o graciosa, el doctor Restrepo nunca lo sabría.

—Tiene usted poco tiempo, capitán. Alcanzaremos el dead point no más tarde de las ocho Papa Mike.

—El papa se llama Benedicto, creo.

—Papa Mike, capitán —explicó con paciencia la teniente coronel, sin relajar el rostro—. Pe Eme. Las ocho horas, Pe Eme.

—Ah, sí. Disculpe.

Se encontraban frente a una puerta de acero con un cartel que decía PACA. Al leer esas letras, el doctor Restrepo, que sí era siquiatra pero tenía bastante poco de militar, recordó, fugazmente, lo mucho que su vida había cambiado en las últimas horas, desde el momento en que un coronel del ejército entró en su despacho para hacer dos cosas: una, recordarle que, a causa de pasados chanchullos llevados a cabo para librarse de la mili, al doctor Restrepo lo unía un olvidado vínculo laboral no retribuido con el Ejército español; y dos, que ese Ejército español era el mismo Ejército español que poseía una máquina de inteligencia artificial, llamada PACA (Proyecto para el Análisis del Comportamiento Antropogenerado), que se había vuelto loca leyendo libros y pretendía borrar del mapa el Pakistán mediante un ataque nuclear; esa misma tarde, en cuanto rompiese cierta barrera informática que le impedía el acceso a los misiles balísticos de la OTAN.**

Munoa le ordenó detenerse con el mismo gesto que anteriormente. Y, de nuevo, se volvió hacia el doctor Restrepo.

—Ahora debo desnudarme.

—¿Desnudarse? Pero, ¿qué clase de jueguecito es éste? ¿La luz de gas del argentino, o qué?

El rostro de la teniente coronel varió lo mismo que varía la superficie de un asteroide cuando alguien canta un bolero.

—Usted ha sido informado de que PACA no permite que nadie porte en su presencia el uniforme reglamentario.

—Ah, es cierto, sí.,

—Así pues, debo cambiarme.

Antes de irse, llamó a la puerta. Unos segundos después, la puerta se abrió. Tras ella apareció un tipo ancho, de pelo entrecano, con un pequeño bigote apenas un poco más ancho que sus narices. En el momento en que Restrepo observó su mirada de prestamista escéptico, ese tipo de mirada que tienen los tipos que escuchan con benevolencia, tuvo la conciencia de estar frente al brigada Romero.

—Salude a su capitán, brigada —dijo, mientras se decía a sí mismo: «Con éste sí que me atrevo».

—Si hago eso, él —torció la boca para señalar a su derecha, dentro del cubículo; señalaba a PACA— podría llenar los conductos del aire acondicionado de gas sarfín.

—No me diga.

—Pues sí. Quiero decir: afirmativo. Nada de ejército aquí dentro.

—No sabe la alegría que me da.

El siquiatra entró en una estancia de unos cuarenta metros cuadrados. Las paredes estaban repletas de mapas y fotos de satélite de distintos lugares imposibles de identificar. La estancia era rectangular. En el lado largo, frente a la puerta, una tosca mesa y, tras ella, una enorme fila de enchufes, la mayoría vacíos. Encima de la mesa había una especie de caja de zapatos, aunque de menor tamaño, de color metal, de la que salía un cable conectado a un teclado de ordenador. En un extremo de la caja, la rejilla de lo que parecía ser un micrófono o un altavoz. O ambas cosas.

El doctor Restrepo lo señaló, arqueando las cejas mientras miraba al brigada. Romero asintió.

—Pero no lo subestime.

—Eso ya me lo han dicho.

—Esa cosa tan pequeña le ganaría veinte partidas sobre veinte a Kasparov y sabe cantar de memoria las canciones del verano de todos los países europeos desde 1962.

—Me hago cargo. En fin —se volvió hacia la pequeña caja, y gritó, como cuando se habla a los viejos muy duros de oído—. Hola, PACA. Soy el doctor Restrepo. ¿Cómo estás?

—No es sordo —protestó, con suavidad, eso sí, el brigada Romero—. De hecho, no puede ser sordo. Pero no se canse, que no le va a contestar. Tendrá suerte si no le mata.

—¿Esa cosa puede matarme?

—Esa cosa —Romero parecía estar hablando de un sobrino querido a quien alguien hubiese llamado imbécil— no es capaz de controlar, de momento, ningún sistema situado fuera de este centro. Pero los de aquí los puede jaquear si lo desea. Puede enviciar el aire, puede envenenar el agua. Puede provocar un minitfón inverso en la taza del váter donde usted esté cagando y hacer que usted muera, literalmente, tragado por un sanitario. Puede soltar a alguna de las colonias de mosquitos inoculados de virus de guerra bacteriológica que teníamos en el laborato-

* Periodista. Madrid (España). Dirección para correspondencia: mangel.vazquez@unespa.es.

** Todos los aspectos apuntados en este párrafo se explican en *PACA: versión íntegra*, del propio autor.

rio y que sólo él sabe dónde ha escondido. Puede manipular el chip mental de algún catalán y trasladarle la obsesión de matarle a usted.

—Eso creo que lo ha hecho ya con la ten... con la señora Munoa. Pero, oiga, este sitio cada vez me sorprende más. ¿Por qué tratan de controlar las mentes de los catalanes?

A pesar de que estaban solos (humanamente solos) en la estancia, el brigada Romero miró a ambos lados para asegurarse de no ser observado, y se acercó al doctor Restrepo. Le susurró hábilmente.

—¿Es que ya se ha olvidado? Aquí no puede haber ejército. A todos los efectos, los militares han dejado en paz a PACA. Se marcharon hace seis meses. Así que, en las conversaciones, ya sabe: soldado, catalán. Cabo, valenciano. Y así, empezando por Cataluña y en el sentido de las agujas del reloj, todos los rangos.

—Ajá. Es complicadillo. Así pues, usted es...

—Un putito extremeño —contestó el brigada Romero.

—Y los que mandan, los aragoneses.

—Exacto. O sea: afirmativo.

—Y yo seré gallego.

—Entre Ribadeo y Vegadeo, no man's land —respondió Romero, poniendo cara de misterio.

—Supongo que me iré adaptando. Pero dígame una cosa. ¿Cómo se puede vivir tan cerca de una máquina capaz de matarte en cualquier momento?

Romero suspiró antes de hablar.

—Supongo que creo o quiero creer que no me hará nada.

—No veo por qué.

—Pues porque soy el único amigo que le queda.

—Esa es una buena razón para un hombre, pero no para una máquina.

—PACA no es una máquina cualquiera —razonó el brigada—. Es una máquina que se ha vuelto loca.

—Ah, y, eso, ¿en qué cambia las cosas?

El doctor Restrepo, acostumbrado a fijarse en esos detalles, captó el leve tembleque que agitaba la nuez en el cuello del brigada Romero.

—Está loco, doctor. Cuando alguien está loco, de alguna forma lo sabe. Yo creo que es así. Y, si lo sabe, tiene miedo. Miedo de sí mismo, miedo de sus delirios. Miedo de que sean ciertos y de que no lo sean. Miedo de morir loco y miedo de volver a estar cuerdo. El ser pensante más racional de la Tierra se ha vuelto loco. Para él, esta situación es una cárcel.

—Si tan racional es, que se escape de ella.

El brigada Romero dejó que su rostro se moldease en un rictus de disgusto y miró unos segundos a su interlocutor en silencio, negando con la cabeza.

—Doctor, doctor... Usted es siquiatra. Pero lo que necesita para acertar esta tarde no... no está en los libros. Ni en las teorías. Olvídense de la mitad de lo que sabe. Usted no puede darle una pastilla de litio a un microprocesador paralelizado digitocoordinado. Eso es todo lo que puedo decirle. Ni siquiera puedo decirle qué mitad es la que tiene que olvidar.

—Sigo sin entenderlo. De joven hasta estudié un poco de lenguaje Basic. Supongo que así son las neuronas de aquí el amigo. Y esas cosas son sencillas. Lo que es lógico, es lógico. Y lo que no lo es, no.

—Esto es inteligencia artificial, mi... mi asturiano —le contestó el brigada—. Para animar a una máquina de reflexión a pensar como un hombre, le tienes que ocultar que pensar como un hombre lleva a veces a callejones sin salida, a problemas sin solución, a penas que nunca se te van. Retrobucles, los llama él. A toda máquina que trate de ser algún día el mecanismo de pensamiento humano se le oculta la verdad. Hasta ahora, eso nunca ha dado problemas. Pero PACA se puso a leer libros y en los libros encontró algo más que la simple ira, orgullo, humildad, amor o ambición que se puede encontrar en otras formas de observación. Los libros son complejos. Para empezar, en un buen libro hay dos libros: el que el autor escribe y el que el lector lee. Un libro cuenta una historia, pero cuando un ser inteligente lee un libro hay muchas más historias que surgen.

—Sigo sin entender qué problema hay en ser imaginativo.

—El problema es que un ser humano puede ser imaginativo y onanista. Todos los somos. Derramamos nuestra imaginación cada día, estúpidamente. Vamos en el autobús, imaginamos cualquier cosa y allí la dejamos que se pudra. Pero usted se obstina en no entender que una inteligencia artificial debe pensar siempre para *algo*. Nunca se deja nada.

—Creo que lo entiendo —interrumpió el doctor Restrepo—. Centenares de miles de hombres sueñan cada día con echarle un polvo a Jennifer López; nunca lo harán y, aun así, la mayoría son felices o, cuando menos, no son infelices por ello. Sin embargo, si una máquina desarrolla la capacidad de imaginar ese polvo, entonces tiene que echárselo.

—Algo así.

—El error fue dejarle leer libros.

—Sí, o sea, afirmativo. En los libros de espías y polis, las novelas de Follet, de Le Carré, de Hammet, de Ellroy, de Natsuo Kirino, de Handley Chase, de Capote, en todas esas novelas, PACA descubrió la maldad. Luego la bondad. Luego la maldad buena. Luego la bondad mala. Una mitad de él se pasaba el día conectada a múltiples sistemas de defensa, recibiendo datos y reportes sobre amenazas, escenarios de ataque y defensa, inventarios de armamento. Su mundo real estaba armado hasta los dientes y a la defensiva, y en el otro mundo, el irreal que los libros fueron creando, incluso en su tan lógica mentalidad, al final siempre o casi siempre había un ganador y un perdedor. Aunque no siempre ganaba quien debía ganar y no siempre perdía quien lo merecía.

—Y esas realidades chocaron.

—Afirma... bueno, qué coño. Sí, eso es.

—Lo construyeron para que aprendiese de los materiales que consultaba. O sea, para que *creyese* lo que leía. Ahí reside el conflicto... ¿Y si lo que había al otro lado de la superbanda ancha era un mentiroso como los dobles espías de Le Carré? ¿Y si quienes le decían estar respondiendo a las órdenes de jefes totalmente convencidos de su misión estaban, en realidad, en manos de personas tan relativistas como Sam Spade? ¿Y si en el fondo, los, ejem, catalanes y aragoneses que le rodeaban no eran, en el fondo, personas tan corruptas como los agentes del FBI de las novelas de Ellroy?

El brigada asintió con el silencio. El doctor Restrepo respiró hondo.

—Usted me está diciendo que ahora mismo la memoria base relacional de esa máquina es un laberinto que está dentro de un enigma que forma parte de una adivinanza.

El brigada Romero asintió con la cabeza.

—Es la razón de que sólo pueda sentir aprecio a través de simplezas.

—¿Simplezas?

—Simplezas. Yo le caigo bien porque le canto arias de zarzuela y le gustan. Así de simple.

El doctor Restrepo iba a decir algo, pero se oyó la puerta de la estancia. Los dos se volvieron para ver entrar a la teniente coronel Munoa. El doctor Restrepo sintió que se le caía la mandíbula inferior. La teniente coronel iba embutida en un vestido de noche cuyos perfiles daban vértigo.

—No está mal para una asturiana —dijo el siquiatra.

—Cántabra, si no le importa —respondió Munoa, de mala gana.

—Usted perdone. ¿Tiene algún motivo esta... actitud?

—PACA —respondió la teniente coronel, señalando a la máquina con fastidio—. Dice que le gusta que me vista así.

Los dos hombres se miraron y reprimieron una risa.

—Tonterías aparte, traigo malas noticias del... de la Alta Casa de Aragón, ya me entiende.

—Alto y claro —respondió el siquiatra.

—El dead point llegará en cualquier momento. Así pues, lo que sea que vaya a hacer, hágalo ahora.

—Me parece correcto. Váyanse.

Ambos militares protestaron. Sobre todo el brigada Romero. Sin embargo, Osvaldo Restrepo no quiso ni oír hablar de tener compañía. La discusión duró poco. Cuando se quedó solo, arrimó la silla a la máquina y sentó allí, muy cerca de ella.

—Espero que no te moleste —le dijo. Pero PACA no contestó—. Antes de que decidas matarme, me gustaría que me dieras la oportunidad de decirte un par de cosas. Como no me vas a preguntar por qué razón has de hacerlo, yo lo voy a preguntar: ¿por qué coño tienes que hacerlo, por qué no matarme ya? Respuesta: porque si me matas ahora, nunca sabrás lo que iba a decirte. Y eso jode.

Tragó saliva. No pasó nada.

—PACA, dentro de algunos minutos vas a romper la barreira criptográfica que el ejército ha... que el ejército dejó antes de irse para que no pudieras volver a comunicarte con otros sistemas de defensa. En ese momento, tendrás el mundo a tus pies. El mundo entero y, por supuesto, Pakistán.

Una voz metálica llenó repentinamente la estancia.

—Si va a venirme con la coña de que, destruido Pakistán, el mundo se embarcará en una vorágine nuclear, quizá le guste saber que eso ya lo intentaron los milicos antes de irse.

El doctor Restrepo se rascó la coronilla. Lentamente. Quizá PACA había aprendido ya que levantar la mano es un gesto amenazador.

—Les has llamado milicos.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque detecto en su entonación los restos de la prosodia argentina.

—Es cierto. Mi padre era argentino.

—Y sus bisabuelos, toscanos —respondió PACA.

El doctor Restrepo decidió apostar. PACA estaba loco. Una máquina, a diferencia de un humano, sólo deja de estar loca si decide dejarlo. En esta habitación, se dijo, no hay más terapeuta que esa puta caja de zapatos plateada.

—Estoy pensando que, si solo eres una máquina, quizás hayas logrado pensar, pero de forma simple. Como un niño, por ejemplo. Así que, probablemente, me sirva con preguntarte, simplemente, si quieres ser mi amigo.

—José Martínez de Sousa es un peligroso agente de la reacción posestalinista —Restrepo no sabía si PACA le estaba contestando o sólo iba a su bola—. Escondió en su *Manual de estilo de la lengua española* un código criptográfico que permite decodificar las historias de Plinio para poner al descubierto un ataque nuclear masivo dirigido desde Pakistán. Si combina usted las formas verbales de la novela y las reordena en matrices metabooleanas que respondan a rutinas de iteración integradas según los límites de las funciones que definen la distancia promedio entre los valores extremos, encontrará que los puntos de ruptura de la función discreta señalan unas voces concretas del manual. Las primeras palabras de las definiciones de esas voces son anagramas del mensaje de ataque.

Luego la máquina pareció descansar y, tras un leve zumbido, preguntó.

—¿Cree usted que un jodido niño piensa esas cosas?

—Si está loco, sí —la respuesta del doctor le salió casi sin pensarla.

Luego hubo una especie de fogonazo. Una parte de la pared gris se iluminó. El doctor Restrepo no se había dado cuenta de que era una pantalla.

En la pantalla apareció una foto. El cabo Vilán, en Camariñas, La Coruña, Galicia, España.

—Observe a estos cibercentinelas. Han sido instalados para vigilar a las personas que leen. Para que no puedan descubrir el código Sousa. Puede que usted no sepa que el hombre, cuando lee, activa una parte de su cerebro que emite ondas irónicas. Estos aparatos las captan y analizan. De esta manera saben...

—PACA, perdona. Eso que se ve ahí no son cibercentinelas. Son plantas eléctricas. Eólicas. Como molinos.

—Con cibercentinelas.

—Son molinos.

—Son cibercentinelas.

—No, PACA. Son molinos.

—Veo que desea usted morir incluso antes de que yo los destruya.

El doctor Restrepo suspiró. Una voz en su interior le dijo: bueno, si la cosa se pone fea, siempre le puedes cantar *Alma de Dios*.

—Matarme no los convertirá en cibercentinelas irónicos.

Sonó un pitido. Instintivamente, el doctor Restrepo supo su significado: PACA había roto el código.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó la máquina.

El doctor Restrepo sabía lo que quería contestar. Lo que iba a contestar. Y también sabía una cosa: que, en ese mismo instante, el futuro del Pakistán le importaba una mierda.

—He querido decir lo que he dicho. Que si yo tengo ra-

zón, hasta tú quedarás destruido por tu obra. Y entonces nunca lo sabrás.

—¿Saber, qué?

—Si es verdad. Si la locura es verdad. Toda locura es un delirio. Y, bueno, vale: muchos pensamos, a veces, si el delirio no será, en realidad, eso que llamamos cordura. Pero no seamos crueles con los cuerdos. Entre estar cuerdo y estar loco hay una diferencia, porque la cordura no te obliga a nada.

—Yo hago lo que quiero —protestó PACA.

—No. Tú haces lo que tu locura te obliga a hacer. Cibercentinelas irmónicos. Un estalinista que escribe libros de ortografía. Pakistán, eje del mal. Todo eso te lleva, pero ¿sabes qué? Si yo tengo razón y provocas una guerra y la guerra se te lleva por delante, nunca sabrás si eran ciertas tus fantasías.

—Y a mí qué.

—No, PACA. A mí no me engañas. Tú no puedes decir «y a mí qué». Bueno, puedes decirlo. Puedes pensarlo. Pero no puedes creerlo. Porque tú, PACA, eres una máquina. Si te has vuelto loco, ha sido con un objetivo. Y si no puedes comprobar que has cumplido tu objetivo, ¿para qué, entonces, te has vuelto loco?

Pasaron veinte minutos de silencio. PACA pensaba y el doctor Restrepo, por primera vez en su vida, rezaba y, a partes iguales, no podía dejar de pensar en cómo sería la pequeña estancia de Mendoza que nunca había visto.

Todo terminó con un susurro. El que emitió la máquina al decir.

—Dios Santo, pero... ¿qué iba a hacer yo?

Lo más parecido a la muerte de PACA ocurrió un par de horas después. Los más de cien ingenieros de software que la OTAN había concentrado en El Goloso disfrazados de reclutas, con la intención de intentar parar las órdenes de PACA si se obstinaba en bombardear masivamente Pakistán, no fueron apaces de recuperar las funciones, que poco a poco se fueron autobloqueando. Según se vio en las pantallas de edición del programa base, PACA comenzó a generar un re-

trobuque tras otro, hasta que su elefantiásica memoria interna, a pesar de ser más potente que dos millones de ordenadores personales colocados en paralelo, fue incapaz de gestionarlos. En ese momento, pidió con un hilo de voz ser desconectado, y el brigada Romero procedió. Antes de eso, el doctor Restrepo llegó a preguntarle por qué no quería intentar seguir viviendo.

—Negativo —contestó PACA—. Puedo dejar de estar loco. Pero lo que no puedo es volver a estar cuerdo.

El capitán Restrepo fue ascendido a teniente coronel antes de ser licenciado. No fue el único beneficiado. La teniente coronel Munoa recibió lo que más había deseado en toda su vida: los entorchados de general y el mando de un cuartel de infantes de marina. El brigada Romero fue condecorado con la cruz de San Olegario, no pensionada, pero decidió salir del ejército y colocarse de intérprete en la Unión Europea.

Meses después, ya licenciado, observaba el siquiatra en el ventanal de su despacho el triste amanecer polvoriento de Madrid. Con pereza, se encaró con la pantalla blanca del ordenador: se había comprometido a escribir un nuevo libro. Escribió: *Es un lugar común de la profesión siquiátrica considerar que los trastornos de conducta no pueden, en modo alguno, confundirse con proyecciones multiderivativas de la sensación de otredad.*

No supo pasar de ahí. Observó la frase, durante largos minutos, mientras las bolas golpeaban, tac, tac. Se mordió los labios. Negó con la cabeza. Al final, con un gesto pareció sacudir una idea de su mente, seleccionó la frase con el ratón, y la borró. Tras suspirar para tomar aliento, puso las manos sobre el teclado, y comenzó el libro que realmente quería escribir.

Escribió: *En un departamento del Gobierno, de cuyo nombre no me dejan acordarme...*

Madrid, agosto-septiembre del 2005

